ALAN SÁNCHEZ CRUZ

RUBÉN JARAMILLO

PASTOR Y PROFETA

Rubén Jaramillo

PASTOR Y PROFETA

RUBÉN JARAMILLO, pastor y profeta
Alan Sánchez Cruz

Primera edición 2015

Primera reimpresión 2017

Derechos Reservados

© 2015 Casa Unida de Publicaciones S.A. de C.V.

ISBN 978-607-9229-24-5

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida mediante sistema o método alguno, electrónico o mecánico, sin el consentimiento escrito del editor.

CUPSA *Casa Unida de Publicaciones S.A. de C.V.*
Sadi Carnot 73
Col. San Rafael
06470, México D.F.
Tels. (0155) 5535 7231 y 5705 0883
cupsa_ventas@hotmail.com

Impreso y hecho en México 2017

A mis padres:

Leonel Sánchez Durán y Marcela Cruz Morales

A mis hermanos:

Karen (†), Erick, Jesús (†) y el pequeño Gadiel

A ti:

Vida

¡Gracias!

ÍNDICE

Prólogo 9
¿Por qué hablar de Rubén Jaramillo hoy? 11
Introducción 13

CAPÍTULO I
LA REVOLUCIÓN COMO ANTECEDENTE 17
EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO EN MÉXICO 17
La economía 19
Las clases sociales en 1895 21
Clasificación según Bremauntz 21
Clasificación según Ferrer Mendiolea 22
Clasificación según Molina Enríquez 23
Clasificación según Hiriart Urdanivia 24
Clasificación según Ochoa Campos 25
CAUSAS DEL MOVIMIENTO ZAPATISTA 26
De personajes y los movimientos que encabezaron 27
Sectores católicos 27
Los hermanos Flores Magón 28
Los reyistas 29
Francisco I. Madero y el movimiento antirreeleccionista 30
Otros movimientos 32
LA REVOLUCIÓN ZAPATISTA 34
Emiliano Zapata 37
¡ZAPATA VIVE, LA LUCHA SIGUE! 44
El asesinato de Zapata 45
El mito 47

CAPÍTULO II
LOS METODISTAS EN LA REVOLUCIÓN 49
LA RELACIÓN ENTRE PROTESTANTES Y FRANCISCO I. MADERO 49
DEFINAMOS, ¿QUIÉNES SON LOS METODISTAS? 52
Síntesis histórica 52
La propagación en Estados Unidos 54
Las divisiones y, a la postre, la unión 55

El metodismo en México 56
La Iglesia Metodista Episcopal 56
Iglesia Metodista Episcopal del Sur 56
Conferencias y su distribución territorial 57
METODISTAS EN LA REVOLUCIÓN DE 1910 59
Primer momento 60
Segundo momento 61
Tercer momento 63
La oratoria metodista 63
La familia Osuna 64
Personajes 66
José Trinidad Ruiz y Otilio Montaño 67
José Rumbia Guzmán y Camerino Z. Mendoza 67
Personajes en la educación, diplomacia y política 67
El Abogado Cristiano 68
¿Quiénes son los metodistas? 71

CAPÍTULO III
LA LUCHA DE RUBÉN JARAMILLO 77
MUERTO ZAPATA, ARRIBA JARAMILLO 77
BIOGRAFÍA DE RUBÉN JARAMILLO 79
La lucha por el precio justo del arroz 82
Vida política 83
Su relación con Lázaro Cárdenas 84
Con Manuel Ávila Camacho 84
El PAOM 86
El Movimiento de Liberación Nacional 91
Los levantamientos y la muerte de Jaramillo 91
Primer levantamiento (1940-1945) 91
Segundo levantamiento (1946-1950) 92
Último levantamiento (1952-1957) 93
El asesinato de Rubén Jaramillo 98

La reforma agraria (1943-1944) y el Ingenio "Emiliano Zapata" 101
Durante el cardenismo 104
El Ingenio "Emiliano Zapata" 105
El paro 113
Los campesinos 115
Don Félix Serdán Nájera 118
Cómo se incorpora al grupo guerrillero 120
El Plan de Cerro Prieto 122
El apoyo a las comunidades 122
Andanzas 123
Los llanos de Michapa y El Guarín 125
Después de la muerte de Jaramillo 126
Los jaramillistas 127
Personajes 128
Las jaramillistas 131
La familia Serdán 132

CAPÍTULO IV
LA IGLESIA Y EL LEGADO DE RUBÉN JARAMILLO 135
POSREVOLUCIÓN Y MODERNIZACIÓN 135
De 1964 a 1991 136
Una entrevista 138
LA IGLESIA Y EL MUNDO 139
Significado de la palabra profeta 139
Los profetas del Antiguo Israel 140
El profeta Amós 141
Iglesia y mundo 144
"Los problemas de la vida" 147
Rubén Jaramillo en la IMM 148
En la Conferencia 148
Nombramientos 149
Notas 150
Pastor, pero sin cargo pastoral 151

JARAMILLO COMO EJEMPLO DE PASTORAL EN NUESTROS DÍAS 157
Anécdotas de los y las jaramillistas 157
Una propuesta de pastoral para el aquí y el ahora 166
El Reino de Dios 169
Lo que el pastor Jaramillo hizo para dar respuestas en su tiempo 170
Lo que nos corresponde hacer 171
Raúl Macín 171
César Pérez Guzmán 175
Para ir "aterrizando" 177
Autodefensas 180
El crimen organizado contra los sacerdotes 183
Entonces, ¿qué podemos hacer? 188

Conclusiones 191
Bibliografía 193

PRÓLOGO

Para el pastor metodista Alan Sánchez Cruz se hace necesario hablar de Rubén Jaramillo en el siglo XXI y traer a la Iglesia de hoy el legado jaramillista. Así es como el autor de este magnífico trabajo llama al cristianismo —particularmente al metodismo— a reflexionar hoy sobre la labor profética del revolucionario morelense que perteneció a las filas zapatistas en el estado sureño de Morelos, en la primera mitad del siglo pasado. Campesino y pastor de la Iglesia Metodista, Jaramillo levantó su voz y las armas ante las injusticias cometidas contra el pueblo.

La Iglesia Metodista ha evitado la figura pastoral de Jaramillo a través de su historia porque le resulta incómodo el tema de la participación política, máxime la militar, de sus miembros y particularmente la de los clérigos y, probablemente, históricamente, lo que más ha incomodado al metodismo mexicano de Rubén Jaramillo sea su militancia de izquierda en el Partido Comunista Mexicano y en el Partido Agrario Obrero Morelense que pedía un "gobierno del pueblo" para asegurar los derechos de los campesinos y obreros.

Sánchez Cruz contextualiza la misión de Jaramillo en la revolución zapatista y hace una interesante exposición de la participación de hombres metodistas y protestantes en la Revolución Mexicana de 1910. Tradicionalmente, las iglesias protestantes de México han argumentado en contra de la participación de sus fieles en la política asegurando que el único Reino es el de Dios.

Según testimonios citados por Sánchez Cruz, Jaramillo leía la Biblia incluso cuando estaba levantado en armas y propone que la lucha jaramillista se inspiró en el Evangelio de Lucas (4:18), es decir, en los pobres y oprimidos y en su necesidad de justicia. Para él éste es el mensaje profético, como el de Amós, que Jaramillo ha legado a

la pastoral de nuestros días. El trabajo mismo que ha realizado Sánchez Cruz de desempolvar el testimonio de un cristiano que asumió el compromiso de construir el reino, es ya una parte del legado profético jaramillista, de la profecía que denuncia y anuncia el reino de Dios en la tierra.

Maritza Macín

¿POR QUÉ HABLAR DE RUBÉN JARAMILLO HOY?

No se ha hablado mucho de la vida personal de Rubén Jaramillo, del pastor, del ciudadano, del amigo, del padre que anhelaba regresar a la vida tranquila en su amado Tlaquiltenango, Morelos. Conocemos de él —irónicamente— no por miembros de las congregaciones metodistas, sino por quienes ya no están en ellas, aunque no dejan de pertenecer a la Iglesia de Jesucristo. Tanto su *Autobiografía* como los aportes de Froylán C. Manjarrez, Renato Ravelo Lecuona (quien recopila testimonios de antiguos jaramillistas) y el antiguo secretario personal del líder morelense, don Félix Serdán Nájera, dan pauta para hablar de su historia y sus primeras luchas desde la temprana edad de 17 años, hasta la traición sufrida por un ex jaramillista quien lo entregó en manos del gobierno junto con su familia para ser asesinados en el singular lugar de las ruinas de Xochicalco. Por otro lado, está el libro *Rubén Jaramillo, profeta olvidado* del poeta hidalguense Raúl Macín. En éste, Macín aborda datos biográficos —pues es necesario comprender su contexto—, a la par de su experiencia como pastor metodista. Cabe mencionar que Macín también fue, en su momento, ministro metodista.

El presente libro propone lo importante que es retomar la vida y obra de Rubén Jaramillo, un hombre que inició su lucha en la Revolución y que peleó contra los caciques de su tiempo a favor de los campesinos, poniendo en práctica el evangelio que le enseñó su primera esposa y siempre sintiéndose un evangélico metodista, resulta valioso releer su historia. Tristemente, en la iglesia metodista se desconocen, en su mayoría, las andanzas de este personaje que, citando un dicho coloquial, nunca negó "la cruz de su parroquia" al llamarse metodista con orgullo. Es cierto, tomó las armas y esto les disgustó a varios cristianos de su época (su propia iglesia lo desconoció), aunque

su justificación —a pesar de que decía no tener necesidad de justificarse— estaba en la defensa de un pueblo oprimido, de campesinos víctimas de abusos y sin nadie que se atreviera a defenderlos.

En la actualidad, y no sólo en un estado sino en prácticamente todo el país, se vive una situación similar. Es necesario que la iglesia, en su labor profética (vista como la acción de levantar la voz ante las injusticias), rescate la figura de Jaramillo, una persona allegada a la gente de su pueblo, a los hambrientos de justicia; él se identificaba no tan sólo con los de "su religión", pues eso no le resultaba importante, antes bien, buscaba que quienes lo seguían tuvieran un mismo deseo: el de liberar a un pueblo que, aunque ya celebraba la Independencia y el aparente triunfo de la Revolución, seguía sufriendo el oprobio de los poderosos. Entonces, apareció Rubén Jaramillo, el hombre, el pastor que salió de su templo y que lo extrañó hasta su último día, para pastorear otra congregación, con "hambre y sed de justicia".

INTRODUCCIÓN

Así dice el SEÑOR:
"No les perdonaré a los de Israel tantos crímenes que han cometido. Ellos
vendieron como esclavos
a gente honesta a cambio de un poco
de dinero, y vendieron al necesitado a cambio de un par de sandalias…"

Amós 2:6, La Palabra de Dios para Todos (PDT)

En la Iglesia cristiana el uso de la Biblia, o como comúnmente se nombra "la Palabra de Dios", es un referente a lo largo de los años de la vida de la Iglesia. Para quienes somos cristianos metodistas forma parte, junto con la tradición cristiana, la razón y la experiencia personal, del pensamiento teológico metodista. Juan Wesley, fundador del metodismo, insistió en que la Biblia es la primera autoridad (entre las tres fuentes antes mencionadas) ya que, argumenta, llegó hasta nosotros por los autores divinamente inspirados, y se interpreta a sí misma, además de que no necesita adiciones posteriores.

No obstante, pese a que hemos de darle la debida importancia como cristianos, en ocasiones, la Escritura sufre la amenaza de perder su significado. La utilizamos en la liturgia de nuestras congregaciones, en el culto público y privado e incluso a los niños se les enseñan las historias bíblicas mediante la repetición de pequeños versículos. No es difícil para un cristiano común citar sus versículos favoritos de memoria. Pero, cuando leemos un texto como el del profeta Amós, capítulo 2 (desarrollaré un poco más adelante el tema del profetismo en el Antiguo Israel, y en específico a este profeta), la lectura debe pasar

de la simple memorización, o de decir "recuerdo haber leído esto antes…", a la sorpresa, la duda, que inspire a estudiar a profundidad, y —¿por qué no?— a la indignación.

Se dice que la lectura de la Biblia debe ser contextual. Karl Barth, uno de los teólogos protestantes más influyentes del siglo XX, solía decir que él hacía oración con la Biblia en una mano y el periódico en la otra. Esto refiere al hecho de que la lectura de la Sagrada Escritura y, con afán de ir más allá, la oración y la vida cristiana, deben practicarse al vivir insertos en una realidad contextual. Si el cristiano no vive de esta manera, puede resultar un escapismo.

Siguiendo la idea de dos párrafos arriba, pregunto: ¿por qué no indignarnos al sumergirnos en la lectura del texto bíblico? Si bien no somos hebreos (con todas sus implicaciones como lo distinto del lenguaje, entorno, usos y costumbres, etc.) y nuestro mundo no es el de los tiempos bíblicos, al dar un repaso a nuestra historia como país nos percatamos que aquellos textos de hace más de dos mil años bien pueden ser releídos a la luz de la historia nacional. Como ejemplo, la Revolución Mexicana y los movimientos que surgieron años más tarde a raíz de la misma, uno de ellos el jaramillismo. Este último, que toma su nombre del pastor metodista y líder agrario, Rubén Jaramillo, nace de esa indignación, del coraje a causa del abuso de quienes están en el poder hacia los campesinos. Durante años, el Estado mexicano ha sufrido el poder de la élite gobernante quien ha legitimado su dominación tras una hegemonía nacional que es avalada por hegemonías locales.[1] La balanza ha estado [mañosamente] inclinada a favor

1 Lorena Martínez Zavala en su tesis doctoral "*Ejército Popular Revolucionario (EPR). Orígenes, ideario e identidad"*, parte del planteamiento de considerar que en el Estado mexicano posrevolucionario se instauró un poder central y, a partir de poderes regionales, se consolidó con diferentes grados de legitimidad. No obstante, este poder central o hegemonía del Estado se limita a prácticas, normas e instituciones regionales que reproducen y regulan el dominio de la élite gobernante. Dice que "esta característica del Estado mexicano posibilita la existencia de zonas en las cuales el poder dominante no tiene un alcance ni una presencia absoluta; creándose así, condiciones desiguales de desarrollo y presencia estatal".

de los poderosos y siempre existe alguna persona o un grupo de ciudadanos que, a la manera de los antiguos profetas bíblicos, levantan aquella "voz que clama en el desierto" (Isaías 40:3) en oposición a quienes dominan y oprimen al pueblo, para, siguiendo la intención del versículo bíblico, "preparar el camino del Señor y enderezar sus sendas". Con el propósito de rescatar el sentido de la Escritura, el apóstol Pablo nos invita a considerar que —y utilizo una cita bíblica más, ahora del Nuevo Testamento— "el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo…" (Romanos 14:17). Desde la Revolución de 1910, pasando por el zapatismo, y hasta llegar al jaramillismo (estos dos últimos movimientos ubicados en la zona sur del estado de Morelos) se ha seguido una línea del lado de la lucha armada —aunque no necesariamente debió o debe ser así— con el propósito de pelear a favor de la justicia, la paz y el gozo. Cabe destacar que, no obstante, que varios de los miembros de los movimientos mencionados podían no conocer los textos bíblicos, los principios por los que surgieron eran los mismos.

Fue dura la tarea para los revolucionarios, para el general Emiliano Zapata, para Jaramillo y sus hombres. A pesar de que se jugaban la vida, haciendo labor de profetas —como el Amós bíblico— se atrevieron a denunciar a aquellos que, de igual manera, "vendieron como esclavos a gente honesta a cambio de un poco de dinero, y vendieron al necesitado a cambio de un par de sandalias".

Si bien en el Archivo Histórico de la Iglesia Metodista existen documentos que legitiman la participación de hermanos y hermanas metodistas en la Revolución, no debemos dudar que, seguramente, hubo quienes, de esta misma denominación, apoyaron a Jaramillo en los tiempos posrevolucionarios. Puesto que en la situación actual de nuestro país nos enfrentamos a hechos lamentables (en lo social, político, religioso, etc.), de manera que pudiésemos expresar lo que dijo el profeta Amós, es conveniente preguntarnos: ¿qué nos corresponde

hacer como cristianos metodistas en el aquí y el ahora, si es que consideráramos la vida y participación social del pastor Rubén Jaramillo como parte de nuestro legado?

CAPÍTULO I
LA REVOLUCIÓN COMO ANTECEDENTE

Antes de adentrarnos por completo al estudio del movimiento jaramillista, es necesario conocer los orígenes del movimiento armado que le antecede, la Revolución Mexicana de 1910. Hemos de tener en cuenta que la Revolución no tuvo sus orígenes en un solo lugar, sino que se apoyó en levantamientos en casi todo el territorio de la República Mexicana. Al grupo con hambre de revolución comandado por Emiliano Zapata lo ubicamos en el estado de Morelos, estado en el que fijaremos nuestra atención, pues es la tierra que pisó el *Jefe*.

El movimiento revolucionario en México

La Revolución Mexicana no debe verse como un acontecimiento históricamente aislado. Existe un fenómeno que le precede: "El Porfiriato", nombre que toma de Porfirio Díaz, presidente de México de 1877 a 1911 (exceptuando el periodo presidencial de Manuel González de 1880 a 1884). Al hablar de Porfirio Díaz diremos que hay, primeramente, un lado positivo al inicio de su gobierno.

> Al asumir el poder, don Porfirio tuvo que enfrentar diversos retos. Para empezar, faltaba mucho para consolidar el Estado y la nación. La Constitución promulgada en 1857, así como en general el proyecto de Estado y de sociedad, no habían sido cabalmente aplicados. […] la carta magna contemplaba una sociedad de individuos iguales ante la ley y obligaba a sus gobernantes a garantizar sus derechos. Así mismo, para evitar la concentración del poder, lo dividía en ejecutivo (responsable de ejecutar las leyes), legislativo (de elaborarlas) y judicial (de vigilar su aplicación), y encargaba al pueblo la elección de su miembros (presidente y gobernadores, legisladores, magistrados de la Suprema Corte y de los tribunales

> superiores de justicia, así como algunos jueces). Por último, contemplaba la separación entre el Estado y las iglesias y, para garantizar la libertad de cultos, ponía en manos del gobierno actividades como la educación o la beneficencia.[1]

No obstante, la aplicación de la Constitución no se realizó de manera fluida debido a diferencias entre quienes estaban de acuerdo con el documento y quienes se oponían. En la Constitución el balance de fuerzas no favorecía al ejecutivo, además de que no existía plena coherencia o identidad nacional. De esta manera, "los retos de Porfirio Díaz eran, entonces, unificar y cohesionar las fuerzas políticas y regionales, otorgar legitimidad y legalidad al régimen, respetando o aparentando respetar la constitución, y lograr el reconocimiento internacional."[2] Tocante a esto último, el plano internacional, pudo restablecer las relaciones diplomáticas con Francia, Inglaterra, Alemania y Bélgica, que en la presidencia de Juárez se habían roto. Para ser ciertos, los objetivos que se trazó pudo cumplirlos casi en su totalidad.

En cuanto a la relación con el campesinado, así como con caciques o líderes regionales, fue más compleja. En algunas regiones el presidente respetó su acuerdo con los pueblos, aunque en otras no detuvo la fragmentación de las propiedades corporativas ni la colonización, que tenía como fin incorporar parcelas no cultivadas a la producción y al mercado, otorgando una tercera parte a las compañías deslindadoras que las denunciaban. Estas compañías arremetieron contra terrenos que estaban siendo trabajados y, debido a que los dueños carecían de un título de propiedad, les eran arrebatados.

El gobierno de Díaz logró avanzar en cuanto a una modernización muy eficaz económica y políticamente, aunque socialmente inequitativa e injusta. Al principio el Porfiriato desempeñó un papel "decente" en beneficio del desarrollo económico y político del país, pero en una segunda etapa (de 1888 a 1908) vino un deterioro en perjuicio del sector campesino.

1 *Nueva historia mínima de México*, SEP, México, 2004, p. 194.
2 *Ibíd*., p. 195.

La economía

Durante los primeros años del largo régimen porfirista se habían sentado las bases del perfeccionamiento de la mecánica política y de un notable crecimiento económico. Este crecimiento económico se benefició de la modernización de los códigos minero y comercial, de la instalación de instituciones bancarias, de vías ferroviarias, y de líneas telefónicas y telegráficas. Entre 1890 y 1904 se logró un crecimiento económico cuantioso y sostenido. Crecen tanto las inversiones europeas como estadounidenses; se emprenden grandes obras de infraestructura; aparece una minería industrial; a la par de la agricultura tradicional surge una moderna, con cultivos de exportación; el comercio exterior también recibe gran impulso, y México adquiere un nuevo lugar entre las naciones del mundo.

Díaz no tenía oposición y sí un respaldo generalizado. Las contiendas electorales desaparecieron, además de la independencia de los poderes legislativo y judicial, y las críticas en los grandes periódicos. También desaparecieron las oposiciones armadas. "Las últimas expresiones violentas de oposición fueron la rebelión de Temochic, en Chihuahua, y la del viejo soldado liberal Canuto Neri, en Guerrero."[3] La política se convirtió en asunto privado, concerniente únicamente a Díaz y a un grupo conformado por los integrantes de su gabinete, gobernadores, senadores, diputados, jefes políticos y jueces, casi todos permanentemente reelectos. Esto imposibilitaba que nuevas generaciones ingresaran al aparato político. Los políticos porfirianos estaban encuadrados en equipos de apoyo al presidente. Dos eran los principales: el grupo de "los científicos", decisivo tanto en economía como en educación, y el encabezado por Bernardo Reyes (los "reyistas"), militar jalisciense que se destacó en las campañas de pacificación emprendidas por Díaz después de haber llegado al poder.

Sin embargo, el crecimiento económico no duraría mucho tiempo, de modo que la política nacional se vería amenazada. En parte, la crisis del sistema político se debió al envejecimiento de Porfirio Díaz —nacido en 1830— y de su gabinete. Esto frenaba las renovaciones generacionales debido al carácter excluyente del aparato gubernamental. Para cuando estalló la revolución el régimen porfirista había envejecido:

3 Javier Garciadiego, *Introducción histórica a la Revolución Mexicana*, SEP, p. 11.

> El presidente tenía 80 años; la edad promedio de los miembros del gabinete era de 67, y parecida era la de gobernadores, magistrados y legisladores. Díaz no era el único que llevaba tantos años en el poder, pues la reelección se practicaba en todos niveles. Era el caso de los gobiernos estatales: Teodoro Dehesa estuvo al mando de Veracruz por 18 años, Mucio P. Martínez gobernó 17 años en Puebla, los mismos que Francisco Cañedo en Sinaloa y Joaquín Obregón González en Guanajuato. Como se dijo, el régimen también estaba paralizado, pues había perdido la capacidad de conciliar y de dar cabida a nuevos sectores políticos y sociales.[4]

Cuando la sucesión presidencial se convirtió en un problema importante por la edad de Díaz, éste rompió la imparcialidad entre los dos principales grupos que lo apoyaban y eligió a Ramón Corral como sucesor, en la figura de la vicepresidencia, que pertenecía a "los científicos". A partir de este momento los reyistas pasaron a ser opositores y fuertes críticos de los "científicos". Esta decisión debilitó en gran manera al gobierno porfiriano pues pronto se dividió. Poco a poco el reyismo se alejaba y, mientras tanto, los "científicos" aumentaban su fuerza, produciéndose en varias regiones una concentración de poder político y económico. De esta manera sucedió en Chihuahua, Morelos y Yucatán, estados que desempeñaron un papel protagónico en la lucha iniciada en 1910.

La crisis económica hizo que surgieran problemas tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Cuando se dio el crecimiento económico, éste fue disparejo. Hubo regiones, grupos sociales y amplios sectores económicos que no se beneficiaron de esto. En 1907, Europa y Estados Unidos fueron azotados por una depresión económica, encareciendo sus importaciones y disminuyendo las exportaciones de nuestro país; la situación afectó, en gran manera, al sistema bancario nacional y canceló los créditos a industriales y hacendados, además, buscó cobrar las deudas que éstos tenían de tiempo atrás. Debido a la disminución en las exportaciones y a la suspensión de créditos para los industriales muchos disminuyeron la jornada diaria o el número de días laborales a la semana, esto se tradujo en una disminución de los ingresos reales de los trabajadores y en el aumento del desempleo de obreros. La falta de cré-

4 *Nueva historia… op. cit.*, p. 206.

ditos también obligó a los hacendados a reducir sus cultivos. A diferencia de los industriales, los hacendados buscaron resolver esta situación aumentando las rentas a los rancheros y endureciendo las condiciones laborales de sus jornaleros y peones. "Lo más grave de la situación es que se vieron afectados todos los sectores sociales del país: industriales y hacendados; empleados y rancheros; obreros, medieros, jornaleros y peones; esto es, las clases altas, medias y bajas, tanto del campo como de la ciudad".[5] Pero, ¿cómo era la vida en el México de aquellos años? En el siguiente apartado nos acercaremos al reacomodo social de aquella época, a partir del año 1895 hasta llegar a 1910, año en el que la historia nacional encumbra como el inicio de la Revolución, aunque conocemos que ésta fue gestándose desde tiempo atrás.

Las clases sociales en 1895

La Reforma trajo el reconocimiento de los derechos del hombre como base y objeto de las instituciones sociales. De ahí las libertades de profesión, de trabajo, de tránsito, de reunión y de credo. Además, creó un nuevo régimen de propiedad rural y ayudó al proceso evolutivo de las clases sociales. Avanzado el año de 1857 surge una nueva sociedad dividida en clases, sin embargo, cuando Díaz llegó al poder coartó el ejercicio de muchos de los derechos consagrados por el liberalismo y "retrotrajo al régimen de propiedad territorial, a un neofeudalismo reaccionario."[6]

La evolución social no podía —ni debía— detenerse y, en 1895, la división de la sociedad en clases sociales era ya un hecho consumado. Moisés Ochoa Campos muestra clasificaciones que distintos autores hacen con respecto a dicha sociedad en 1910. A continuación los nombres:

Clasificación según Bremauntz

De acuerdo a Alberto Bremauntz, en ese año había en el campo mexicano dos clases fundamentales: latifundistas y peones-esclavos. En esta clase puede considerarse los llamados rancheros, que durante el porfiriato crecieron en número. Además, menciona que existía "una burgue-

5 Javier Garciadiego, *op. cit.,* p. 14.
6 Moisés Ochoa Campos, *La Revolución Mexicana, Tomo II: Sus causas sociales*, Biblioteca del INEHRM, México, 1967, p. 55.

sía imperialista que tenía en sus manos el control de minas, ferrocarriles, industrias, petróleo, fábricas, etc., y que estaba integrada por norteamericanos, franceses, ingleses y españoles, principalmente; en cuanto a la burguesía industrial mexicana, el porfirismo le puso toda clase de trabas para su desarrollo; la burguesía comercial extranjera afirmó la esclavitud de los peones e impidió el desarrollo del mercado interior, obstruyendo el surgimiento de una burguesía nacional".[7] Existía también la pequeña burguesía, en donde se encontraban las clases medias, entre las que figuraban los profesionales medios, investigadores científicos, artesanos, pequeños comerciantes y pequeños agricultores. Por último, existía el proletariado. Se cuentan aquí a los trabajadores de las industrias y fábricas de capital imperialista extranjero, además de trabajadores nacionales.

Bremauntz hace la siguiente clasificación general de las clases sociales en México, tal y como existían en 1910, al iniciarse la Revolución:[8]

- Burguesía nacional o grande burguesía, formada por grandes comerciantes, industriales, banqueros, latifundistas y grandes hacendados.
- Burguesía imperialista, capitalistas extranjeros que controlaban ferrocarriles, minas, industrias, petróleo, bancos, fábricas, etcétera.
- Pequeña burguesía, en la que actuaban la clase media, intelectuales, investigadores, profesionistas en general, médicos, abogados, etc., artesanos, burócratas, comerciantes pequeños y pequeños agricultores.
- Proletarios, obreros de las empresas nacionales y extranjeras en fábricas, industrias, etcétera.
- Trabajadores del campo (campesinos), peones de las haciendas, latifundios y plantaciones.
- Indígenas: yaquis, mayos, mayas, otomíes, tarascos y demás grupos aborígenes del país.

Clasificación según Ferrer Mendiolea

Gabriel Ferrer Mendiolea hace esta clasificación de acuerdo a los bienes de fortuna. De acuerdo a sus puntos de vista:

7 *Ibíd*., pp. 56 y 57. Aquí, Ochoa Campos cita "*Panorama social de las Revoluciones de México*, 1960" de Alberto Bremauntz.
8 *Ibíd.,* p. 57.

— Los ricos, o sea el 3% de la población, poseedores de la mayor parte de la riqueza pública. Entre ellos figuraban extranjeros, antiguos conservadores propietarios de fincas urbanas y rústicas, latifundistas, nuevos ricos que se adjudicaron propiedades de la iglesia y altos funcionarios de la dictadura.
— El grupo inmediato de la población, un 10%, cuanto más poseía alguna propiedad rústica o urbana.
— Los desheredados constituían el 87% de la población (15 millones de habitantes): empleados, artesanos, obreros especializados, pequeños propietarios rurales, rancheros; debajo de éstos, soldados, jornaleros, peones, criados, indígenas en comunidad; y, en último lugar, léperos y desechos de las ciudades, inválidos, desheredados del campo y de la industria, indígenas aislados.[9]

Clasificación según Molina Enríquez

Para Andrés Molina Enríquez, en el país había tres clases y dieciséis subclases. Por su construcción social y por su aportación al trabajo, había cinco clases trabajadoras y dos subclases. Para él, las cinco[10] clases trabajadoras "soportan el peso colosal de doce clases superiores o privilegiadas". Lo explica en las siguientes tres tablas:

Clases altas o privilegiadas	
Extranjeros	norteamericanos
	europeos
Criollos	criollos nuevos
	criollos moderados
	criollos conservadores
	criollos clero
Mestizos	mestizos directores
	mestizos profesionistas
	mestizos empleados
	mestizos ejército
	mestizos obrero superiores
Indígenas	indígenas clero inferior

Clases medias mestizos
Mestizos pequeños propietarios y rancheros

9 Citado por Bremauntz.
10 Andrés Molina Enríquez originalmente menciona cinco clases, aunque en verdad sólo anota cuatro.

Clases bajas indígenas
Indígenas soldados
Indígenas obreros inferiores
Indígenas propietarios comunales
Indígenas jornaleros[11]

Clasificación según Hiriart Urdanivia

Ubica al sector extranjero en el lugar de honor del porfiriato, más al norteamericano que al europeo. Los criollos nuevos, debido a sus ideas de transformación y su liberalismo ejercieron la supremacía política debido a su representación técnica e ideológica en el país. Por su parte, los mestizos cubrieron las vacantes profesionales, reemplazaron a los empleados administrativos depuestos. Los indígenas ingresaron al clero inferior, a la leva (reclutamiento obligatorio para servir en el ejército), como operarios y jornaleros.

> Esta construcción social condujo la riqueza en dirección de unas cuantas manos que la acapararon, entre las que sobresalen las muy finas de los extranjeros, que dejan caer lo que se les escapa en manos criollas o en manos de mestizos dirigentes.[12]
>
> Los obreros tenían que soportar el desnivel que supone la presencia competitiva de trabajadores extranjeros mejor expensados, más considerados y, sobre todo, en situación de jefes o profesores de los connacionales, con derecho a seguro, a indemnización, a devolución al lugar de origen y otros gajes de los que no goza el trabajador nativo.[13]

Al obrero mexicano se le pagaban los salarios más bajos. El mestizo (la raza indígena modificada), para Andrés Molina Enríquez, no es el heredero de los vicios de dos razas, sino en quien han sido depositadas las virtudes de ambas. "Su contacto con el indígena ha intensificado su orgullo y ha cobrado conciencia de que la nacionalidad debe ser su propia obra y por ello lucha por la independencia y emprende las reformas que lo consolidaron y que han dado forma política a nuestros movimientos sociales."[14]

---

11 Moisés Ochoa Campos, *op. cit.,* p. 59. Aquí, Ochoa Campos cita a Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, México, 1964.
12 *Ibíd*., p. 60.
13 *Idem.*
14 Parte del prólogo de Humberto Hiriart Urdanivia a *Los grandes problemas nacionales* de Andrés Molina Enríquez; citada en Moisés Ochoa Campos, *op. cit.,* p. 61.

Clasificación según Ochoa Campos

Para concluir esta serie de clasificaciones, el propio autor Moisés Ochoa Campos anota sus observaciones. Dice que hay un abismo entre clases, todavía en 1910. "Entre la población rural, el neofeudalismo agudiza la división entre dos grandes grupos: el de los latifundistas y el del peonaje. Pero una clase media rural comienza a surgir con los rancheros, oprimidos por las anacrónicas relaciones económicas de producción que privaban en el campo. Entre la población urbana, comienza a surgir el proletariado y la clase media de las ciudades, ambos ahogados por los privilegios de que gozaba una minoría detentadora de la riqueza."[15] En la parte alta de la pirámide —por obviedad— estaba la clase alta o acomodada, la cual representaba no más del 0.50% de la población nacional. Ochoa Campos nos refiere a las siguientes tablas:[16]

Clase popular o baja
Indígenas
Peones
"Braceros"
"Pelados"
Sirvientes
Artesanos de bajo nivel
Obreros: Trabajadores sin especialización alguna Obreros semicalificados Obreros calificados
Soldados
Parcelarios
Comerciantes en pequeño y vendedores ambulantes

Clase media
Rancheros y otros pequeños propietarios agrícolas
Artesanos de cierto nivel
Cooperativistas
Medianos comerciantes
Pequeños y medianos industriales
Otros empresarios de capacidad media
Medianos concesionarios
Comisionistas medios
Vendedores y agentes de ventas
Burócratas

15 *Idem*.
16 *Ibíd*., pp. 62-63.

Empleados de empresas privadas
Dependientes de comercio
Maestros
Pequeños y medianos rentistas
Profesionistas y técnicos medios
Bajo clero
Oficialidad del ejército

Clase alta o acomodada
Hacendados
Grandes propietarios de fincas urbanas
Rentistas que poseían acciones y valores
Grandes comerciantes
Grandes industriales
Grandes mineros y petroleros
Otros grandes empresarios
Grandes concesionarios
Banqueros
Altos profesionistas
Altos funcionarios del gobierno
Jefes del ejército
Alto clero
Aristocracia parasitaria
Inversionistas extranjeros
Favoritos de la dictadura

Causas del movimiento zapatista

La principal causa que motivó a Emiliano Zapata y a sus seguidores a levantarse en armas fue el percatarse de las condiciones que enfrentaba la clase menos privilegiada en aquellos años (bien podría decirse que la situación actual no es tan distinta), de obreros y campesinos. No obstante, antes que los zapatistas, existieron varios levantamientos y personajes importantes en los estados del norte del país que dieron vida al desarrollo del movimiento armado, conocido como Revolución Mexicana.

Desde que Porfirio Díaz ascendió al poder, se dedicó a restablecer relaciones con Estados Unidos y con algunos países europeos. Logró una buena imagen internacional. No obstante, a finales del siglo XIX surgió un gran cambio. Estados Unidos tomó fuerza en el Caribe, ya que Cuba y Puerto Rico se le aliaron tras independizarse de España. Díaz se sintió amenazado, pues pensó que Estados Unidos se convertiría en una

potencia imperial moderna. Para contrarrestar esa idea aumentó sus relaciones políticas y económicas con Europa y Japón, esta decisión no le gustó mucho al país vecino; cuyo efecto fue que poco a poco se desencantó de Díaz. Además, la relación estaba tensa debido a que Inglaterra y Estados Unidos se peleaban el petróleo mexicano, de aquí que este último creyera haber encontrado la solución en el movimiento antirreeleccionista de 1910.

En el ámbito cultural también surge una crisis. A principios del siglo XX se comenzó a cuestionar al positivismo como ideología gubernamental. La obsesión por el orden fue desplazada por el anhelo de libertad. Los "científicos" dejaron de ser considerados como una clase superior y la clase mestiza comenzó a reclamar participación en la toma de decisiones. En los últimos años del régimen porfirista Díaz ya no tuvo la capacidad para enfrentar las crisis que poco a poco aquejaban más a la nación.

De personajes y los movimientos que encabezaron

Sectores católicos

Influidos por las ideas renovadoras en materia social sostenidas por el Vaticano desde 1891, cuando León XIII proclamó la encíclica *Rerum novarum* (que ofrecía una solución cristiana a los conflictos sociales), ciertos sectores católicos fueron los primeros en expresar sus críticas.

Díaz había logrado acercar a la Iglesia Católica y al gobierno. No obstante, se censuraba a Díaz por conservar los principios liberales anticlericales de la Constitución de 1857, por la gran cantidad de masones existente entre sus colaboradores, el apoyo que se les dio a los protestantes (especialmente en el norte del país), y por la decisión del gobierno de que la filosofía positivista —que era anticatólica— dominara parte de la educación pública nacional. Otro problema fue el hecho de que la encíclica *Rerum novarum*, pensada para el mundo industrial en Europa, fuera adaptada para el entorno mexicano, rural, por los católicos. Si bien defendían la propiedad privada como un derecho natural, estaban en contra de la injusticia que permeaba la estructura de la propiedad agraria. Siguiendo esta línea, los católicos pasaron a censurar el caciquismo, el militarismo, y la falta de democracia.

Las críticas no fueron directamente para don Porfirio, aunque sí para su gobierno, y eran plasmadas en periódicos importantes como *El País* y *El Tiempo*, que poco a poco irían perdiendo prestigio.

Los hermanos Flores Magón

Hacia 1900 comenzó a formarse otro grupo anti-porfirista, con fines un tanto distintos a los de los sectores arriba mencionados. Era encabezado por los descendientes de liberales de mediados de siglo, en el que participaban diversos sectores de la clase media urbana como profesionistas, periodistas, maestros y estudiantes.

Estaban en contra de los principios liberales originales y proponían reorganizar el llamado Partido Liberal, con el fin de que Díaz se sintiera presionado para aplicar los siguientes principios: anticlericalismo, libertad de expresión, democracia electoral, separación de poderes, administración de justicia adecuada y autonomía municipal.

> Para iniciar dichas labores reorganizativas se convocó a los defensores de las ideas liberales a un congreso en San Luis Potosí, en pleno centro del país. Entre los asistentes destacaron los hermanos Jesús y Ricardo Flores Magón, hijos de un oaxaqueño juarista pero avecindados en la ciudad de México, donde cursaron estudios jurídicos y donde publicaban, desde 1900, un periódico crítico titulado *Regeneración.*[17]

Más adelante, el periódico agregaría a su nombre el subtítulo "periódico de combate", esto provocó su primera clausura. El joven abogado potosino Antonio Díaz Soto y Gama fue encarcelado por un discurso en el que criticaba abiertamente al presidente Díaz. Hacia 1903 el periódico comenzó a cuestionar el papel de los "científicos" y de Bernardo Reyes; la conveniencia de la inversión extranjera, y la situación de los campesinos y obreros que, según el grupo, era el mayor problema social del país.

El gobierno aumentó la represión como respuesta. Hubo quienes tuvieron que exiliarse en Estados Unidos. Este hecho trajo beneficios a su movimiento ya que, al residir en un país más industrializado que México, Ricardo Flores Magón (quien en 1906 asumiría el liderazgo de su Partido

17 Javier Garciadiego, *op.cit.,* p. 22.

Liberal) y sus allegados otorgaron la función de vanguardia al movimiento obrero y a los intelectuales de clase media ligados a él. La estrategia no fue acertada pues, como se ha mencionado, México era un país rural y muy distinto al país vecino. El mayor error estratégico magonista fue convocar a las armas en 1908, esto generó dudas y división en el grupo a causa de que la convocatoria se hizo fuera del país y, como era de esperarse, no hubo respuesta. No obstante, a pesar de este error lo que hay que destacar del movimiento es que precisamente éste dirigió las críticas más certeras al régimen porfirista; gracias a *Regeneración* muchos mexicanos se concientizaron y politizaron, varios líderes que estuvieron entre sus filas destacarían más adelante en la Revolución (como el profesor normalista Antonio I. Villarreal).

Los reyistas

La preferencia de Díaz por los "científicos" provocó que los reyistas, que hasta ese momento eran porfiristas leales, se convirtieran en uno de los grupos opositores más importantes. La carrera político-militar de Bernardo Reyes había sido intensa. Realizó labores de pacificación en varias regiones del país hasta 1885; fue un exitoso jefe porfirista en el noreste del país, sobresale su gubernatura en Nuevo León; como miembro del gabinete de Díaz tuvo un trabajo destacado de 1900 a 1903 como secretario de Guerra y Marina, dicho puesto lo proyectó a nivel nacional. A causa de ello, el grupo "científico" se molestó y el secretario de Hacienda, José Yves Limantour, de antecedentes franceses, disminuyó el presupuesto de Reyes y convenció a Díaz de que éste sería un sucesor pésimo. Además, argumentó ambición y deslealtad de Reyes. Esto ocasionó la renuncia de este último, y en 1903 regresó a su gubernatura en Nuevo León.

Bernardo Reyes comenzó un proyecto en el que diseñó un gobierno distinto. Gracias a un par de leyes avanzadas en materia laboral estableció buenas relaciones con el movimiento obrero. Debido a la crisis económica de 1907 y 1908, los "científicos" se fueron desprestigiando y Reyes adquiría buena fama. Don Porfirio se vio amenazado y lo envió como comisionado a Europa en 1909.

Francisco I. Madero y el movimiento antirreeleccionista

Los reyistas se quedaron sin líder cuando Bernardo Reyes fue enviado a Europa. Tenían un movimiento acéfalo. La mayor parte de ellos cambió su filiación y decidieron unirse a uno que apenas surgía, encabezado por Francisco I. Madero, hacendado y empresario coahuilense.

Madero estaba en contra de la reelección y era apoyado por personas de distintas clases sociales. Algunos reyistas que se afiliaron a las ideas de Madero fueron Venustiano Carranza, político coahuilense; Francisco Vázquez Gómez, médico tamaulipeco; Luis Cabrera, abogado y periodista poblano; José Ma. Maytorena, hacendado sonorense, entre otros.

La familia Madero tenía buena relación con los "científicos" y, más adelante, Francisco no la tendría con Bernardo Reyes, quien le acusaría de aprovecharse de su ausencia en México para 'adueñarse' a los miembros de su grupo. A la postre se distanciaría de los "científicos" creyendo que debía crear un partido político de alcance nacional con el fin de oponerse a la reelección de Díaz en 1910. Escribió un libro llamado *La sucesión presidencial* en ese año, además de que hacía un año (segunda mitad de 1909) que se había dedicado a la creación del Partido Nacional Antirreeleccionista. Su objetivo lo llevó a realizar tres giras para promover la creación de clubes antirreeleccionistas. En la primera se dirigió a Veracruz, de donde se embarcó al sureste, a la península de Yucatán; la segunda tuvo lugar a finales de 1909 y visitó los estados del occidente y noroeste del país: Jalisco, Colima, Sinaloa, Sonora y Chihuahua (en esta segunda gira obtuvo el apoyo de muchos reyistas); en la tercera gira, a principios de 1910, se dirigió a estados del centro del país como Guanajuato, San Luis Potosí, Aguascalientes, Zacatecas y Durango.

El movimiento se transformó en partido político y designó como candidato a Madero como presidente y al ex reyista Francisco Vázquez Gómez para la vicepresidencia. Ya como candidato presidencial había demostrado gran capacidad política y estaba pronto para otra gira, sin embargo, fue acusado de incitar a la rebelión y aprehendido en una prisión de San Luis Potosí, justo en el tiempo de elecciones. Éstas se llevaron a cabo y resultaron electos Porfirio Díaz y Ramón Corral (a pesar de que Díaz le había

declarado al periodista norteamericano James Creelman que no se iba a reelegir pues, para él, el país estaba listo para la democracia). Madero tuvo que huir a Estados Unidos, refugiándose en San Antonio, Texas. En ese lugar, junto con sus allegados, se redactó un plan en el que se convocaba a la lucha armada el 20 de noviembre de 1910. Para Madero, la convocatoria no dio para más, era prácticamente imposible que las personas con las que se había rodeado respondieran a su llamado pues eran en su mayoría de clase media-urbana. Por otro lado, la muerte de los hermanos Aquiles y Máximo Serdán, ex reyistas y pequeños comerciantes poblanos, fue una advertencia cruel de parte del gobierno para aquellos que se involucraran con la rebelión. El deseo de Madero pudo pasar de una buena intención, aunque faltó organización para iniciar una lucha armada.

Con los Tratados de Ciudad Juárez, Díaz prácticamente "salió de la jugada" pues se pactó que sería sustituido, de acuerdo con la Constitución de 1857, por su secretario de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra. Como principales responsabilidades, éste tendría que desarmar las fuerzas maderistas y organizar las nuevas elecciones. La primera tarea fue muy complicada, se calcula que de 60,000 rebeldes solamente 16,000 fueron organizados en nuevos cuerpos rurales y el resto regresó a la vida civil. En cuanto a las nuevas elecciones, Madero cambió el nombre del Partido Nacional Antirreeleccionista a Partido Constitucional Progresista y en esta ocasión su compañero de fórmula ya no sería Vázquez Gómez, sino José María Pino Suárez, abogado y periodista nacido en Tabasco pero radicado en Yucatán.

En las elecciones de octubre de 1911, Madero obtuvo un triunfo apabullante. A partir de este año y hasta febrero de 1913 su presidencia se distinguió por grandes transformaciones políticas. A diferencia de Díaz, permitió que entraran en el gabinete jóvenes con nuevos bríos e ideas frescas. Esto fue bueno parcialmente, pues, por otra parte, adolecían de experiencia política.

Tocante a la situación agraria, Madero y las nuevas autoridades tenían proyectos novedosos. Madero se preocupaba —aunque no en exceso— por el problema de la distribución de la tierra. Para él las decisiones no debían tomarse de manera precipitada, sino estudiarse cuidadosamente. En cuanto al tema laboral, respetó los derechos organizativos

de los obreros, pretendió que éstos mejoraran sus salarios y sus condiciones sociales sin que afectaran a quienes decidían emplearlos. Fue el mediador entre trabajadores y empresarios, para esto creó el Departamento del Trabajo. Sin embargo, gracias a su tolerancia y a la pérdida de poder de los industriales, durante 1912 aumentó el número de organizaciones obreras y esto derivó en bastantes huelgas. En el campo ocurrió lo mismo ya que tras la participación de las masas campesinas en la lucha armada contra Díaz, y con la pérdida de influencia de los hacendados, la balanza de poderes dio un giro: hubo numerosas ocupaciones de tierras reclamadas como usurpadas y solicitudes de aumento de jornales.

Contrario a lo que podría pensarse, tras la presidencia de Madero y sus propuestas reformistas hubo muchas insatisfacciones en la mayoría de grupos y clases sociales del país. Sucedió lo mismo con diplomáticos e inversionistas extranjeros. Más adelante, comenzarán nuevos levantamientos armados contra Madero (particularmente el dirigido por Félix Díaz en Veracruz, reclamando la incapacidad de Madero para poner orden en el país), dichos levantamientos se debían a la búsqueda por una identidad de la nación. En resumen, aunque Madero destruyó el régimen porfirista, fracasó ya que "fue incapaz de crear un gobierno nuevo que pudiera alcanzar la estabilidad mediante un proyecto adecuado para el país: su propuesta política —la democracia— resultó prematura, y su proyecto socioeconómico —liberal— era insuficiente."[18]

Otros movimientos

La presidencia de Madero sufrió oposiciones violentas. Según Javier Garciadiego las principales fueron cuatro, dos encabezadas por beneficiarios del régimen porfirista: Bernardo Reyes y Félix Díaz, y dos por alzados antiporfiristas desilusionados: Pascual Orozco y Emiliano Zapata. Este último tiene una mención especial, pues su estudio favorece al presente trabajo.

Destacan otros personajes de oposición como Victoriano Huerta, quien estuvo al mando del movimiento llamado La Decena Trágica, y que más adelante derrocaría a Madero.

18*Ibíd.,* p. 52.

Ya en el poder, Huerta tendría en su gabinete a Félix Díaz y Rodolfo Reyes, además de "científicos", evolucionistas, católicos y orozquistas, entre otros. El ascenso de Huerta al poder presidencial provocó la rápida movilización de la mayoría de los ex rebeldes contra Porfirio Díaz y veteranos en la lucha contra el orozquismo. La lucha contra Huerta comenzó en marzo de 1913 en el norte del país, tuvo cuatro escenarios importantes: el primer frente de lucha fue Coahuila, encabezado por el gobernador Venustiano Carranza y antiguo político de filiación reyista. Éste y las otras autoridades no reconocieron a Huerta y convocaron a la creación del ejército Constitucionalista, para derrocarlo y restaurar la legalidad. Personas como Jesús Carranza, Pablo González, Francisco Coss, Cesáreo Castro y Jacinto B. Treviño se contaron entre los fieles de Carranza.

En el estado de Sonora se encontraba el gobernador José Ma. Maytorena, miembro de la facción antiporfirista y anti "científica". Debido al titubeo de éste, el liderazgo fue tomado por varios miembros de la clase media que después alcanzaron altos puestos como Álvaro Obregón, Salvador Alvarado, Plutarco Elías Calles, Manuel Diéguez y Adolfo de la Huerta.

En Chihuahua la movilización antihuertista la encabezaban miembros de las clases medias como Pascual Orozco y Abraham González. La adhesión a Huerta del primero y el asesinato del segundo dieron lugar a que la lucha en esta región la dirigiera Francisco Villa, un miembro de las clases bajas. A éste se le conocía no como una autoridad local sino como un rebelde típico. Es comprensible, pues, que sus lugartenientes y líderes secundarios (Maclovio Herrera, Rosalío Hernández y Toribio Ortega, entre otros) pertenecieran de igual manera a los sectores populares. Gracias al villismo, la lucha antihuertista norteña no se limitó a ser legalista y de clases medias.

Hay otros dos estados en los que hubo levantamientos importantes. En Durango Tomás Urbina, Orestes Pereyra, Calixto Contreras y los hermanos Arrieta —principales rebeldes— eran de origen popular, habían participado en la lucha contra Díaz y, más adelante, pasaron a ser antiorozquistas. En Zacatecas los primeros en rebelarse también fueron los "irregulares", entre quienes se contaba a Fortunato Maycotte, y los viejos maderistas como Pánfilo Natera.

Aunque al principio la rebelión antihuertista se desarrolló en casi todo el norte del país consideremos —porque el presente texto así lo requiere— a los zapatistas quienes, a pesar de la distancia que los separaba de Chihuahua, en un principio reconocieron a Pascual Orozco como jefe de su rebelión. La figura del general Emiliano Zapata fue decisiva en la lucha que desataría Madero, aún después de la muerte de este último. Hay quien lo ha considerado como "el más importante líder campesino de la Revolución y de la historia de México."[19]" En breve se hablará más al respecto.

La revolución zapatista

Victorino Jiménez Sánchez (1898-1981) nació en el pueblo de Tepexco, distrito de Izúcar de Matamoros, Puebla, y padeció desde niño las injusticias y la explotación de los hacendados. Vivió de manera directa el maltrato que éstos daban a los jóvenes y a los niños que eran obligados a trabajar en las haciendas de Tenango y Santa Clara, al oriente de Morelos. Cuando en 1909 y 1910 los rebeldes zapatistas se preparaban para la lucha, Victorino Jiménez (aún niño) colaboraba con ellos con gran entusiasmo. Siguiendo el ejemplo de dos hermanos que murieron en combate y de un tercero, en 1913 se dio de alta en las filas del Ejército Libertador del Sur, comandado por el general Emiliano Zapata, quedando a las órdenes del general Marcelino Rodríguez. Después militó al mando del general Wilfrido Solano, ambos de la división Mendoza.

Luchó firmemente en el Ejército Libertador del Sur hasta que asesinaron a Zapata. Ya como teniente de caballería, y terminada la revolución, militó bajo las órdenes de Jorge Méndez. Como dato curioso, conoció a Rubén Jaramillo, siendo éste capitán de caballería en 1917; Victorino Jiménez no dudaría en unirse a Jaramillo en su lucha por defender a los campesinos.

19 Carlos González-Herrera, "Zapata después de Womack. Dos nuevas historias del zapatismo", Departamento de Humanidades, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez; tomado del artículo: *Araucaria*, año 4, núm. 8, segundo semestre de 2002; p. 2.

Plutarco García Jiménez coordinó una serie de entrevistas realizadas a cuatro ex zapatistas, entre ellos Victorino Jiménez Sánchez.[20] Las entrevistas a Victorino se llevaron a cabo en Atlacahualoya, municipio de Axochiapan, Morelos, los días 8 de abril de 1979 y 11 de enero de 1981. La primera pregunta que se registra es: "¿cómo vivían los campesinos cuando usted era niño?"

> Pues lo que recuerdo es de 1909. Mi experiencia es que realmente me di cuenta de los comportamientos de los hacendados y el gobierno porfirista [de] cómo trataban a los campesinos pobres, los humillaban y les exigían a que a la fuerza tenían que ir a trabajar a ciertas haciendas como Tenango y Santa Clara, por obligación forzosa. Como la hacienda tenía acaparadas todas las tierras de la comunidad, entonces los hacendados arrendaban, pedían renta de tierra y sabían quiénes eran los que tenían terrenos arrendados de la hacienda y a ésos los obligaban forzosamente a ir a trabajar, salían de sus trabajos y luego a la hacienda..., ya después se venían al *zacateo.*[21] [Los campesinos] daban por yunta un ciento de [manojos de] zacate a la hacienda y tenían que llevarlo a los dueños de la hacienda; y de maíz, la renta era de un *tercio*[22] por yunta y obligatoriamente se llevaba, bien con el mayordomo ahí en el pueblo, o bien a la hacienda. Ya pasada la cosecha, nuevamente los obligaban a trabajar [en] la hacienda en tiempos de zafra. Y a los jovencitos de mi edad, de ocho años —a ésos les nombraban *la polilla*—, también tenían que ir a trabajar obligatoriamente a las haciendas, sacudiendo zacate, sacudiendo ahí las hierbas; trabajo sencillo, pero obligatorio. El precio que les pagaban a los chamacos era de 12 centavos diarios, y el de los adultos era de 24 centavos, que eran dos reales. Así le fueron subiendo hasta llegar a cuatro reales, que eran 48 centavos. Entonces toda la juventud que había, pues éramos analfabetas, porque en lugar de ir a la escuela a aprender algo, pues no íbamos, porque teníamos la obligación de ir a trabajar a las haciendas.

20 Plutarco García Jiménez (coordinador), *Cuatro testimonios de veteranos zapatistas*, 2da. ed., Cámara de Diputados/LVII Legislatura, Congreso de la Unión; 2000, p. 24.
21 Apunta el entrevistador que el *zacateo* consiste en quitar la hoja de la mata de maíz cuando la mazorca ya está lograda y madura. El zacate se utilizaba como forraje para las yuntas de bueyes y equinos.
22 Un *tercio* es un bulto o saco de grano de aproximadamente 70 kg; dos tercios hacían una carga.

"¿Cómo se dio cuenta de que los campesinos se preparaban para la revolución?" A continuación se reproduce la respuesta completa.[23]

> Me empecé a dar cuenta porque empezaban a ir a varios pueblos a traer toros, allá a mi pueblo, y como mi tío tenía ganado les prestaba toros sin renta el primer año; ya el segundo, media renta; y los que querían estar amansando año por año, traían los toros aquellos ya de trabajo, ¿verdad?, de un año de trabajo a cambio de otros toros para amansar, porque pues ésos no tenían ninguna renta. Yo conocía toda aquella gente que iba así a *achaque*[24] de traer toros. Eran de Huaquechula, Santiago Tetla, San Diego, San Juan Vallarta, Cacalozúchitl y Tejupa (estado de Puebla). Y cuando comenzaron a controlarse, a hacer sus acuerdos, entonces avisaron que legalmente ya no querían toros, que ya tenían animalitos para trabajar; pero no era por eso, era porque empezaba el control, y ya entonces se pusieron de acuerdo con los de aquellas ordeñas a modo de que pudieran sacarles los alimentos. Y había gobierno allí en mi tierra [Tepexco], estaba un tal Silvestre Rojas con un destacamento, pero como nosotros vivíamos en la orilla se nos hacía fácil sacarles alimentos y se los llevábamos. Los cántaros que me servían para la leche, eran para que les lleváramos algo... Ya cuando se llegó el día que se iban a ir, ya estaban de acuerdo, tal vez por otros estados, ¿verdad?, eso sí no sé; pero aquella gente que se estaba reuniendo allí, avisó que ya no lleváramos alimentos ni agua...
>
> ¿Por qué?
>
> Pues porque ya no tardaba la revolución. Estaban bien controlados. Entonces fue cuando yo conocí a Pancho García, Camilo Rojas, Rosario Chávez, Gil Vega, Juan Lima, Agustín Cortés y al general [Francisco] Mendoza, que era de El Organal [estado de Puebla]. Algunos como Juan Lima trabajaban en la hacienda de Tenango, los demás eran agricultores, eran de los que venían a traer toros. Y ya después cuando pegaron el grito, fue... parece que en septiembre, cuando les cayeron en mi tierra [Tepexco] en

23 Plutarco García Jiménez, *op. cit.,* pp. 25-27.
24 Pretexto o causa aparente.

> el punto llamado *Matapiojo*. Eso fue porque espiaron a un mayordomo de Tenango y lo desarmaron; pero como lo dejaron libre, fue a denunciar y ya fue el gobierno de Tenango y el de Santa Clara. En el Cerro Gordo, en el punto de *Matapiojo*, ahí los hallaron; pero como estaban en lo alto se dieron cuenta. Ahí le pegaron al gobierno; lo que sea, pocos, pero murieron, y de los rebeldes no murió ni uno. Ya en la noche fue cuando pegaron el grito de libertad ahí en el pueblo. Entonces empezaron: "que los rebeldes" y "que los rebeldes", y ya de ahí se esparcieron, tomaron otro rumbo, pidieron caballos prestados, ¡prestados!, no se los quitaron a fuerzas. Como conocían, sabían quiénes tenían buenos caballos, los pidieron prestados y se los prestaron. En esa ocasión se hicieron de algunas armas y parque los rebeldes, y ya de ahí se fueron. Ya cuando regresaron, no, pues ya llegó mucha gente. Fue cuando se puso en pie de lucha la revolución.

El testimonio de don Victorino es uno de muchos. Muestra cómo se fue gestando un movimiento conformado por "rebeldes", por gente sencilla que reclamaba la explotación de parte de los hacendados hacia los campesinos. Si recordamos las razones por las cuales Francisco I. Madero convocó a un levantamiento en armas, veremos que no son las mismas por las que inició el movimiento zapatista. No obstante, los zapatistas de Morelos (más adelante se añadirían rebeldes de los estados de Guerrero y de Puebla, como se puede notar en la entrevista a don Victorino Jiménez) vieron en la convocatoria de Madero una buena oportunidad para luchar por sus ideales.

Emiliano Zapata

Hijo de Gabriel Zapata y de Cleofas Salazar, el penúltimo de nueve hermanos. Nació el 8 de agosto de 1879. Recibió la instrucción primaria en la escuela de Anenecuilco. La mayoría de sus biógrafos cuentan una anécdota[25] que muestra la humildad en la que el pequeño Zapata se desenvolvió. Emiliano padeció, como mucha gente de aquel lugar, la invasión de las huertas y casas por parte de apoderados. En una ocasión, al ver llorar a su padre, le preguntó:

25 Enrique Krauze, *Emiliano Zapata, el amor a la tierra*, FCE, 1987; p. 40.

— Padre, ¿por qué llora?
— Porque nos quitan las tierras.
— ¿Quiénes?
— Los amos.
— ¿Y por qué no pelean contra ellos?
— Porque son poderosos.
— Pues cuando yo sea grande haré que las devuelvan.

Sería un error pensar que la historia de Zapata y su movimiento inician en 1910. Desde tiempo atrás en Anenecuilco, su lugar de origen, se sufría un conflicto relacionado con la posesión de la tierra. Este poblado colindaba con un lugar llamado la Hacienda del Hospital; en el territorio de Zapata los hacendados se adueñaban tierras sin darle razón a nadie. Un hombre llamado Vicente Alonso, propietario de la Hacienda del Hospital, intentó despojar a campesinos de su ganado y no permitía que se utilizaran los campos de siembra. Esto provocó el disgusto de varios y la impotencia de no poder pelear lo que, decían, era suyo, además de que estaban siendo privados de su principal actividad de trabajo. Ante la gran cantidad de reclamos el administrador de Hospital responde: "Si los de Anenecuilco quieren sembrar, que siembren en maceta porque ni en *tlacolol*[26] han de tener tierras."

En septiembre de 1909, el joven Emiliano Zapata fue nombrado nuevo presidente del pueblo. Prontamente comienza a estudiar los papeles de la comunidad con gran dificultad ya que muchos están en náhuatl, su lengua materna. En abril de 1910 envía una carta al gobernador suplicándole que no demore en atender la situación de los campesinos que necesitan sembrar, pues el temporal de aguas pluviales se acerca. Ante la tardanza de una respuesta, en mayo decide escribirle directamente al presidente Díaz. Como en el caso anterior, no hay respuesta.

A mediados de 1910, Emiliano Zapata toma una decisión sumamente arriesgada: ocupa y reparte las tierras por su cuenta. El jefe político de Cuautla, José A. Vivanco, se entera más no lo toca. Poco después, el presidente Díaz ordena devolver las tierras a Anenecuilco a quien suceda el lugar del hacendado Alonso. En diciembre de ese mismo año,

26 Sitios pequeños y deslavados en las laderas de los cerros.

Zapata realiza un segundo reparto de tierras, y se le unen los vecinos de Moyotepec y Villa de Ayala.

En 1906, el *Jefe* (como también era conocido Zapata) conoce en Anenecuilco al profesor Pablo Torres Burgos. Aparte de dar clases, se dedica a vender legumbres y cigarros, y a comerciar con libros. A sus amigos más cercanos les da la oportunidad de conocer su pequeña biblioteca, le llegaban puntualmente los mejores periódicos de oposición: *El Diario del Hogar* y *Regeneración*. Al poco tiempo conoce a otro profesor, Otilio Montaño, en Villa de Ayala, el cual propaga con fervor literatura incendiaria. Zapata lo estima a tal grado que lo hace compadre.

Tampoco hay que crear una figura de un Emiliano Zapata 'inmaculado'. Se dice que entre sus aficiones estaba el montar toros, lazar y montar caballos, jugar naipes, además de que era muy enamorado. A la muerte de Zapata, las ancianas de Morelos lo recordaban suspirando. Su hermana recordaba: "Miliano de por sí fue travieso y grato con las mujeres."[27] Dando fe de esta peculiaridad, en 1908 rapta a Inés Alfaro, una dama de Cuautla a la que le pone casa y con quien procrea un niño —Nicolás— y dos mujeres. El padre de Inés denuncia el hecho ante las autoridades, éstas incorporan a Emiliano en el Séptimo Batallón del Ejército. No dura mucho tiempo ahí.

En septiembre del mismo año (1908) los vecinos de Anenecuilco lo nombran presidente del Comité de Defensa. En 1910 es encarcelado e incomunicado por tres días.

Como podemos ver, Zapata ya había iniciado en Anenecuilco una pequeña revolución, que hubiese pasado inadvertida de no ser por el llamado de Madero (mismo que se ha mencionado anteriormente). El artículo del Plan de San Luis que prometía restituir a las comunidades las tierras que habían usurpado las haciendas, además de ser música para los oídos de Zapata y de sus allegados, era el cumplimiento de aquella promesa que el mismo Emiliano le hiciera a su padre en la infancia de luchar para que las tierras les fueran devueltas a los suyos.

27 Citado en Krauze, *op. cit.,* p. 41.

El movimiento armado tuvo varias etapas: Francisco I. Madero lo inició el 20 de noviembre de 1910, pugnando por el "Sufragio efectivo, no reelección", muere en el episodio conocido como "La decena trágica"; Francisco Villa se levantó con su División del Norte; por la justicia agraria luchaba Emiliano Zapata; en marzo de 1913, Venustiano Carranza se levantó contra el gobierno de Victoriano Huerta y su lucha culminó con la promulgación de la Constitución de 1917 que, se dice, tenía plasmados los ideales de los jefes principales de la Revolución Mexicana.

Si bien, en un momento Zapata consideró aliarse con los representantes de los movimientos antes mencionados, tales alianzas nunca se llevaron a cabo. Hay una escena peculiar que es importante mencionar del encuentro que tuvieron Zapata y Madero. Recién llegado a la Capital, en su primer entrevista, Zapata le dice a Madero que el entonces presidente Francisco León de la Barra es "de los del otro lado", a lo que Madero, contrariado, explica que es un hombre honrado y que había que respetar sus órdenes. Además, le explicó que la Revolución necesitaba garantizar el orden y respetar la propiedad. Entonces, se cuenta que Zapata se le acercó alarmado con aquella respuesta y le dijo:

> "Mire usted, señor Madero: si yo, aprovechándome de que estoy armado, le quito su reloj y me lo guardo, y andando el tiempo nos llegamos a encontrar los dos armados, ¿tendría usted derecho a exigirme su devolución?"
> "Cómo no, general, y hasta tendría derecho de pedirle una indemnización por el tiempo que usted lo usó indebidamente (…)"
> "Pues eso justamente es lo que nos ha pasado en el estado de Morelos —replicó Zapata— en donde unos cuantos hacendados se han apoderado por la fuerza de las tierras de los pueblos. Mis soldados, los campesinos armados, y los pueblos todos, me exigen diga a usted, con todo respeto, que desean se proceda desde luego a la restitución de sus tierras".[28]

28 Antonio Díaz Soto y Gama, *La Revolución Agraria del Sur y Emiliano Zapata, su Caudillo*, 1961; p. 98.

Después de esto, Madero ofreció a Zapata que todas las promesas serían cumplidas y aceptó su invitación de ir a Morelos a cerciorarse de la violencia e injusticias que sufría el pueblo. Declaró tiempo después que los dos habían recibido calumnias y que éstas no tenían fundamento alguno. Cuando visitó Cuautla en agosto de 1911, Madero abrazó a Zapata efusivamente y lo llamó "mi integérrimo general". Más tarde, Zapata se sentiría traicionado, por cuanto nunca compartieron los mismos ideales.

En el caso de Villa, aunque se hubiese esperado que Zapata se abriera a la idea de un pacto nacional éste solamente ocurre a medias. De igual manera que en el caso anterior, ocurren discrepancias las cuales han de notarse en el célebre encuentro que tienen en la ciudad de México. El 4 de diciembre, los dos caudillos conversaron y firmaron el Pacto de Xochimilco (lugar donde se habían encontrado), con el cual se aliaban para combatir al carrancismo. Dos días después, los revolucionarios ocuparon las principales avenidas de la capital del país:

> … unos vestidos de manta y huaraches, con su líder portando traje de charro, otros de uniforme caqui. Todos juntos avanzaron por las vías más importantes, sorprendiendo a propios y extraños. De esa presencia se desprendieron muchas historias e imágenes que afortunadamente quedaron plasmadas para la posteridad por la lente de algunas cámaras fotográficas. Zapatistas y villistas, igual que los locales, también se sentían extrañados de las calles, de las formas, de la gente, curioseando unos, atemorizados otros, buscando qué comer, pidiendo un poco de agua. No todos se sentían amos y señores; muchos, más bien estaban asustados.[29]

El mismo día que llegan a la capital, entran a Palacio Nacional. Existe una diferencia de actitudes que quedó plasmada para la historia en la famosa fotografía de Villa sentado en la silla presidencial. Un testigo zapatista recuerda: "Villa se sentó en la silla como mofa, y Emiliano a un lado, y le dice a Emiliano a ti te toca, Emiliano le dice no peleé por eso, peleé las tierras que se las devuelvan, a mí no me importa la política".[30]

29 http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-villa-y-zapata-en-la-ciudad-de-mexico-articulo
30 Enrique Krauze, *op.cit.,* pp. 80 y 81.

Este momento puede verse como el culmen de la revolución campesina. Fue muy importante la presencia de ambos jefes populares en la capital, juntos con un mismo fin: hacerle frente a Carranza. Esto no se llevará a cabo, puesto que los dos serán aislados. En lo que respecta a Villa, fue derrotado a manos de Obregón una vez que llegó a la presidencia.

Al zapatismo lo van desarmando lentamente. El ejército federal obligó a que las fuerzas de Zapata fueran cediendo mediante el uso de la violencia; tras la expedición de una ley de amnistía que, fue mermando las filas zapatistas, Pablo González pretende acabar con ellos "en sus propias madrigueras":

En Jonacatepec hace 225 prisioneros civiles y los fusila en masa.

En junio de 1916 toma el cuartel general de Tlaltizapán y asesina a 283 personas. Los zapatistas trasladan su cuartel a Tochimilco, en las faldas del Popocatépetl.

En noviembre, González justifica su introducción de una ley marcial en términos racistas: "como los enemigos no comprendieron el honor que les hizo el Constitucionalismo al concederles un plazo para que solicitaran el indulto, el que contestaron con inaudita barbarie (…) como el indio (…)".[31]

El siguiente paso de su ejército —de 300,000 hombres— sería multiplicar los incendios, deportar poblaciones enteras, asesinatos en masa y destruir la propiedad.

Ante tal embestida, en octubre de 1916, Zapata pasa a una ofensiva espectacular, comienza los ataques a bombas de agua y estaciones tranviarias cercanas a la ciudad de México: Xochimilco, Xoco. A finales de noviembre, González emprende la retirada y a principios de 1917 los zapatistas recuperan su estado. Uno de los hechos más importantes que acompañó este nuevo capítulo de violencia (que duró desde los últimos meses de 1915 hasta finales de 1916) fue que lo acompañara una gran creatividad legislativa por parte de cinco miembros de la junta intelectual

31 *Ibíd*., 101.

del zapatismo: Luis Zubiría y Campa, Manuel Palafox, Otilio Montaño, Miguel Mendoza López Schwertfregert y Jenaro Amescua. Juntos, responden a Carranza al expedir ley tras ley, formando el país ideal:

> En octubre de 1915 expiden la Ley sobre Accidentes de Trabajo y la Ley Agraria. Ésta es un antecedente fundamental del artículo 27 de la Constitución, si bien no reivindica para la Nación la totalidad del suelo y del subsuelo. Entre sus preceptos principales destaca el reconocimiento de la personalidad jurídica de los pueblos, rancherías y comunidades; las superficies máximas de propiedad por clima y tipo de tierra; la expropiación de bosques y montes; la pérdida de las tierras al cabo de dos años de inactividad, etc… En noviembre los juristas de Zapata emiten la Ley General sobre Funcionarios y Empleados Públicos, que prevé la declaración de nuevos bienes al cesar en funciones aquéllos; la Ley General del Trabajo, que decreta el descanso dominical, la jornada de ocho horas y el salario remunerador; la ley que suprime el ejército permanente y lo sustituye por una guardia nacional; un proyecto que suprime los impuestos sobre artículos de primera necesidad, una Ley sobre Asistencia Pública y otra sobre la Generalización de la Enseñanza. En diciembre el ritmo no disminuye: Ley General sobre Administración de Justicia, que convierte las cárceles en "establecimientos de regeneración", limita drásticamente la latitud de los embargos y decreta la abolición; Ley sobre la Fundación de Escuelas Normales en los Estados y un proyecto de ley sobre matrimonio.[32]

Además, en 1916 se inicia con una Ley de Imprenta que prohíbe la censura, y el 15 de septiembre se expide la Ley Municipal, donde se expresa:

> La libertad municipal es la primera y más importante de las instituciones democráticas toda vez que nada hay más natural y respetable que el derecho que tienen los vecinos de un centro cualquiera de población, para arreglar por sí mismos los asuntos de la vida común y para resolver lo que mejor convenga a los intereses y necesidades de la localidad.[33]

32 *Ibíd*., p. 107.
33 *Ibíd*., p.108.

Aunque las intenciones eran excelentes, en la práctica hubo una gran desarticulación. Lo peor es que poco a poco comenzaron a aflorar rencillas entre los jefes zapatistas. El primero que sufrió la deshonra de un confinamiento fue Lorenzo Vázquez porque, según Zapata, había mostrado cobardía en su defensa de Jojutla a mediados de 1916; dos años antes, el 24 de enero de 1914, Antonio Barona mató a Felipe Neri sólo por haber mandado desarmar a diez hombres de su escolta; un golpe duro para Zapata fue la muerte de Amador Salazar, aunque la que podría decirse fue la mayor pérdida es la muerte de aquel maestro de Villa de Ayala, quien en 1909 le había ayudado a estudiar los documentos de Anenecuilco: Otilio Montaño. El general Montaño fue acusado de ser el autor intelectual de un complot contra Zapata en Buena Vista de Cuéllar; se dice que le es negada la extremaunción, se niega a morir de espaldas pero lo obligan. Abre los brazos y dice: "en nombre de Dios", que "muere inocente". Alguien lleva el cadáver a Huatecalco y sobre el camino real de Jojutla lo cuelga de un cazahuate (árbol y/o arbusto de la región), con una tabla en el pecho que advierte: "Éste es el destino que encuentran los traidores a su Patria". A los pocos días desaparece el cadáver.

Ante la pérdida de su gente de confianza, Zapata recurre al aislamiento, pero —relativamente— por poco tiempo. A principios de 1919 llega a sus manos una serie de artículos publicados en Estados Unidos, escritos por un periodista de apellido Gates. En éstos, vindica el sentido original del zapatismo, algo muy dentro de Zapata lo llama a rebelarse una vez más.

¡Zapata vive, la lucha sigue!

1919 fue un año crítico para el zapatismo. En sus filas el desaliento era cada vez mayor a causa de las continuas derrotas, Zapata se veía obligado a animar a su gente. Creyó necesario llamar la atención de Venustiano Carranza, ya entonces presidente, por medio de una carta en la cual le expresaba la necesidad de poner fin a los problemas entre los bandos contendientes, abriendo el camino a un arreglo pacífico. Al inicio, Zapata le explica a Carranza que se dirige a él como un ciudadano que se interesa

por los asuntos patrios, le advierte que ha de expresarle "verdades amargas" y en seguida alude a la dictadura que Carranza ha implantado. Le reclama la desatención que ha tenido con el sector obrero, el hecho de que en todo el país aún no existe el libre sufragio, ya que los gobernantes son impuestos; incluso lo compara con Porfirio Díaz: "En materia electoral, ha imitado usted con maestría y en muchos casos superado a su antiguo jefe…"[34] Hay, sin embargo, un reclamo mayor:

> Por la intransigencia y los errores de usted, se han visto imposibilitados de colaborar en su gobierno, hombres progresistas y de buena fe que hubieran podido ser útiles a México […] Devuelva usted su libertad al pueblo, C. Carranza; abdique usted sus poderes dictatoriales, deje usted correr la savia juvenil de las generaciones nuevas. Ella purificará, ella dará vigor, ella salvará a la patria…[35]

Esto molesta de tal forma a Carranza que no duda en comisionar a Pablo González y a su subordinado Jesús María Guajardo para que dieran fin a Zapata y a su movimiento. Los dos maquinarán un plan terrible.

El asesinato de Zapata

Para lograr la tarea que Carranza les había encomendado, González y Guajardo planearon una supuesta ruptura entre ambos, de manera que Zapata "picara el anzuelo". Para hacérselo saber, Guajardo le escribe una carta dándole la noticia y pidiéndole le permita unirse al movimiento del sur. La carta, con fecha del 21 de marzo de 1919, inicia de esta manera:

34 Soto y Gama, *op. cit.,* p. 232.
35 *Ibíd*., p. 234.

> C. Jefe de la Revolución del Sur.- Muy señor mío: Le manifiesto a usted que en vista de las grandes dificultades que tenemos Pablo González y yo, estoy dispuesto a colaborar a su lado, siempre que se me den las garantías suficientes para mí y mis compañeros, a la vez, mejorando mis circunstancias de revolucionario, que en esta ocasión, como en otras, se trata de perjudicarme sin razón justificada.[36]

Zapata, siempre desconfiado, le pidió a Guajardo que fusilara a la gente de Victoriano Bárcenas, antiguo subordinado suyo, y Guajardo lo hace. Este último ya ha ganado la confianza del Jefe. Más adelante, éste invitó a Guajardo para que tuvieran una primera entrevista, misma que se celebró en Tepalcingo. Al verlo Zapata, lo recibió cordialmente. Después de esta entrevista, los dos se separaron y acordaron verse al día siguiente en las cercanías de Chinameca. Al llegar al lugar, en la mañana del 10 de abril de 1919, corrieron rumores de que el enemigo se aproximaba; Guajardo atacaría al enemigo por la llanura, mientras que Zapata lo haría en el punto conocido como la Piedra Encimada. La alarma resultó falsa ya que el enemigo no apareció por ninguna parte. Aprovechando la oportunidad, Guajardo invita a Zapata a almorzar con él en el interior del casco de la Hacienda de Chinameca el cual, se dice, forma un recinto completamente cerrado por alta muralla y sólo tiene una entrada. Don Emiliano forzosamente pasaría por aquella puerta, la única, si aceptaba. Zapata acepta y se consuma la tragedia. El Mayor S. Reyes Avilés dio parte de lo acontecido:

> Vamos a ver al coronel, dijo el *jefe* Zapata: que vengan nada más diez hombres conmigo", ordenó. Le seguimos diez, tal como él lo ordenara, quedando el resto de la gente, muy confiada, sombreándose debajo de los árboles y con las carabinas enfundadas. La guardia formada (la de la gente de Guajardo) parecía preparada para hacerle los honores (al *Jefe* Zapata). El clarín tocó tres veces llamada de honor, y al apagarse la última nota, al llegar el general en jefe al dintel de la puerta, de la manera más alevosa, más cobarde, más villana, a quemarropa, sin dar tiempo para empuñar las pistolas, los soldados que presentaban armas, descargaron dos veces sus fusiles y nuestro inolvidable general Zapata cayó para no levantarse más.[37]

36 *Ibid*., pp. 235-236.
37 *Ibíd*., p. 238.

El mito

Tras el asesinato del general Emiliano Zapata corrieron distintos rumores, como suele ocurrir en la historia de los héroes populares. Se llegó a decir que:

- el cadáver que se exhibió en Cuautla no tenía una pequeña verruga en la cara, o la manita en el pecho, y por ello no era Zapata.
- tenía el dedo chico incompleto, por eso no podía ser.
- había quienes juraban que por las noches aparecía montado en *As de Oros*, su caballo; otros, mucho tiempo después, dijeron haber visto a un anciano tras la puerta de una casa en Anenecuilco: debía ser Zapata.
- hubo quien, 19 años después, afirmara: "Yo vi su cadáver. A ese que mataron no era don Emiliano, sino su compadre Jesús Delgado. ¡Dígame a mí si no iba a conocerlo, yo que 'melité' a sus órdenes y gané aquellas estrellas!"[38]

A los ochenta años de edad, un veterano zapatista daba otra versión: "No fue Zapata quien murió en Chinameca, sino su compadre, porque un día antes recibió un telegrama de su compadre el árabe. Ahora ya murió Zapata, pero murió en Arabia, se embarcó en Acapulco rumbo a Arabia".

Mucha gente que conoció a Zapata no quería creer que el *Jefe* había muerto. A raíz de esto es que surgen las historias que lo convertirán en leyenda, a él y a su caballo.

Una de tantas leyendas cuenta que cuando mataron a Zapata, su caballo huyó y se convirtió en un símbolo de las luchas campesinas; quienes afirman haber visto al caballo dicen que el espíritu de Emiliano Zapata no ha muerto y que vuelve siempre que se le necesita.

El historiador Samuel Brunk afirma que "quizás en la Constitución de 1917 no se habrían incluido reformas agrarias de no haber sido por Zapata. Después de 1920, cuando es asesinado, se convierte en una especie de mártir de la causa, de la causa revolucionaria, y cuando eso sucede tiene sentido para el gobierno y se vuelve útil para el gobierno

38 Enrique Krauze, *op. cit.,* p. 122.

apropiarse de él".[39] La historiadora Patricia Galeano complementa "… y por esto este grito que es tan significativo 'Zapata vive, la lucha sigue' es el símbolo de la lucha social".[40]

39 http://www.youtube.com/watch?v=P37nUMUhmuE
40 *Idem.*

El presente libro propone lo positivo que es retomar la vida y obra de Rubén Jaramillo, un hombre que inició su lucha en la Revolución y que peleó contra los caciques de su tiempo a favor de los campesinos, poniendo en práctica el evangelio que le enseñó su primera esposa y siempre sintiéndose un evangélico metodista, resulta valioso releer su historia. Tristemente, en la iglesia metodista se desconocen, en su mayoría, las andanzas de este personaje que, citando un dicho coloquial, nunca negó "la cruz de su parroquia" al llamarse metodista con orgullo. Es cierto, tomó las armas y esto les disgustó a varios cristianos de su época (su propia iglesia lo desconoció), aunque su justificación —a pesar de que decía no tener necesidad de justificarse— estaba en la defensa de un pueblo oprimido, de campesinos víctimas de abusos y sin nadie que se atreviera a defenderlos.

Alan Sánchez Cruz
Nació en Atlautla, Estado de México, el 18 de diciembre de 1985. Licenciado en Teología por el Seminario "Dr. Gonzálo Báez Camargo" de la Iglesia Metodista de México, A.R. Actualmente es profesor de Ética Cristiana en dicho seminario y cursa la maestría en Ciencias Bíblicas en la Comunidad Teológica de México.

CUPSA

ISBN: 978-607-9229-24-5